



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

10030

AL QUE LEYERE.

Escribir la historia de los que han vivido entre nosotros; escribir la historia de los que han compartido con nosotros los errores, las miserias, las debilidades de una generacion, aun no trasfigurada del todo por la mano del progreso, es tarea árdua y sujeta á perpetuas equivocaciones y á continuos juicios falsos. Y escribir la historia de Castelar, desdeñado por muchos hombres de accion, gigante titánico para unos, mujer bachillera para otros, es doblemente difícil, porque cuanto mayor es la altura, mayor es la oposicion, y cuanto mas rara la grandeza, mas encontrados los pareceres.

Cuanto he dicho en este libro, lo tenia ha mucho tiempo en mi corazon y en mi inteligencia. Nada debia al gran tribuno y nada le debo: podia decir y he dicho independientemente la verdad. Si le he censurado poco y le he alabado mucho, es porque he creido que merecia estas alabanzas y que no merecia mas que aquellas censuras. Hubiera pisoteado mis propios pensamientos, si mi pluma hubiera escrito otra cosa que lo que habia en mi conciencia. La luz que habia en ella, me ha servido de tinta. Y en ver-

dad la necesitaba toda para escribir la historia de un hombre que brillará en la historia, como han brillado pocos en este siglo.

Podrá haber en este libro apreciaciones equivocadas: hechos falsos no. La misma mano que ha escrito los *Recuerdos de Italia* ha rectificado los erroneos. Podrá no ser la forma digna del héroe: el Carro digno de la estatua: la inspiración digna del poema. No se. Lo que se, es que yo he querido que lo sea. He creído prestar al partido republicano un servicio, dándole á conocer uno de los mejores de sus hombres. Ahora digo al pueblo lo que Miguel Angel al Papa al descubrir la bóveda de la Capilla Sixtina que habia pintado: «Ahí la teneis.» los grandes genios se parecen á los hornos encendidos de las locomotoras: van siempre dejando chispas tras sí. Yo he recogido las de mi héroe y he encendido con ellas la llama de mi inspiración.

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

Madrid 18 de Julio de 1873.

1.

Uno de los hombres que dejarán mas honda huella en el siglo gloriosísimo que atravesamos, es Castelar. Nació á la vida pública en los momentos en que hacia falta un hombre de sus facultades y esa ha sido la mejor estrella de su fortuna. Es hijo legítimo de una revolucion y padre natural de otra; el 54 y el 68. Sobre estos dos polos rueda y rodará su vida. Es una imaginación calenturienta y un corazón sosegado; un poeta que dice versos en prosa y un prosista que habla el lenguaje del Olimpo: una memoria omnipotente y una ciencia salpicada de estrellas de oro: un carácter oriental y una idea fuerte y enérgica: un niño en lo ingenuo, un joven en lo ardiente, un viejo en lo sereno; algo asiático en sus pensamientos, en sus vanidades, en sus costumbres, en todo; hombre de idea mas que de acción; grande cuando habla, vacilante antes de empezar á obrar: semejándose á Lamartine las mas de las veces, á Victor Hugo pocas, á Danton ninguna; pequeño y grande como todos los grandes hombres, lo que no le priva de ser siempre admirable; con mucho de hombre y mas de mujer por cierta sensibilidad que heredó de su madre, en cuyo seno la bebió á torrentes; gigante cuando pisoteó á Manterola en aquella soberana discusión sobre la libertad de conciencia, pequeño cuando no fué

á pelear á Zaragoza; risueño como las mañanas de su patria, festivo como una muchacha de quince años, de talento claro, de regular intuición, estudioso, trabajador, honrado, elevado; tal es el hombre.

De todas suertes, con sus defectos, con sus cualidades, Castelar es una de las grandes almas y uno de los grandes genios de este siglo. Sus cualidades son un efecto de su organizacion y sus defectos son un resultado de sus cualidades. Se parece al sol en que da mucha luz y en que tiene algunas manchas. La idea democrática le debe mucho; pero la idea del progreso humano le debe más. El no ha dudado nunca del progreso, pero ha dudado algunas veces de los procedimientos para llevarlo á cabo. Es una especie de ángel con las puntas de las alas recortadas.

II.

Nació en la tierra del sol y de la dicha, en Cádiz. Las olas le enseñaron los acentos de las tempestades tribunicias. Pero en Elda, en la provincia de Alicante, fué donde pasó los primeros años de su vida. Cuando era adolescente vino á Madrid y entró en la Escuela Normal de Filosofía. Esta escuela la habia fundado Gil y Zárate, y era una hermosa esperanza para el porvenir. A los alumnos se les daban cuatro mil reales de pension con la condiciou de que sacaran la nota de sobresalientes. Allí fué donde el niño gaditano de ojos resplandecientes é imaginacion volcánica aprendió el griego, la Filosofía y la Estética. Su educacion literaria formóse allí. Esa mágia de su estilo, ese colorido que distingue á sus pinturas,

debiólas despues de Dios, á aquella escuela. Los grados tan caros en nuestras universidades, los alumnos de ella los recibian de balde. Pero la Providencia no se contentó con que el jóven supiera el arte de lo bello, quiso tambien que tuviera algunas nociones del *jus* y del *non jus*. Modeló un suceso en ese laboratorio sombrío y resplandeciente de las causas invisibles que se escapan á todo criterio, abrió una puerta y dijo al jóven: «entra por ahí» y él entró sin saber que pisaba al penetrar el borde de la nube de la apoteosis. El suceso fué este; una reforma en las leyes de enseñanza, de esas que son tan frecuentes en nuestro país, y que le permitió seguir otra carrera, la de Derecho.

III.

Su madre, por entonces, era toda su fortuna. Era una señora tan virtuosa como inteligente. Ella dirigió sus primeros estudios y descubrió sus verdaderas aptitudes. Con su escasa viudedad atendia á los estudios de su hijo; pero el jóven no era á propósito para los estudios de Derecho. La *Instituta* de Justiniano, le aburría. El Derecho, abstracto en sí mismo, y poco apto para dejarse caldear por el fuego de la imágen ó de la metáfora, no convenia á aquel carácter. Dejó las leyes al segundo año y tomó las letras. Entonces entró de nuevo en su campo y empezó á saborear aquellos estudios que tan en armonía estaban con sus facultades.

Tenia una memoria prodigiosa; esa memoria que tanto le ha servido, y le sirve hoy mismo, para sus oraciones y para sus discursos. Oia uno

ó le leía y le repetía íntegro. Las lecciones que escuchaba á sus maestros, se las devolvía, si era preciso, hasta con sus mismas palabras. El mismo muchas veces, burlándose de esa prodijiosa facultad suya, ha dicho: «Chateaubriand dice que la memoria es el talento de los tontos y es la verdad.»

IV.

¿Pero qué escritores fueron los que mas influyeron en la formacion de aquel espíritu? Tres: Chateaubriand, Lamartine y Donoso Cortés. Chateaubriand habia estado en moda, pero ya no lo iba estando. El *Genio del Cristianismo* habia recorrido todas las sacristías y todos los salones. Su *Atala* todo el mundo, pero ya no servia mas que para ser contada en planideras canciones que hacían llorar á criadas sentimentales ó para distraer á los muchachos bajo la forma de pliegos de aleluyas. Lamartine estaba mas en boga. El 48 que flotaba condensado sobre su cabeza como una corona de inmortalidad, le hacia angusto. *Geneveva*, *Rafael*, *El Picapedrero de San Point*, *Graziella* que eran estrellas de su genio y al mismo tiempo girones de su vida, encantaban á las almas que sentian delicadamente. Castelar, alma de poeta antes que todo, se bañó ávidamente en aquel mar de agua de rosa, cuyo fondo le formaban perlas. *Graziella*, aquel recuerdo de amor de la isla de Prócida, encanto de un corazon de veinte años; *Rafael*, dulce memoria de aquella Margarita encontrada por primera vez en Chambéry, en la Saboya, en el valle des Echelles: *Jocelyn*, pintura de los enternecimientos místicos, de los

éxtasis religiosos, de los desvanecimientos delante de Dios, de un alma cuyos pensamientos, cuyos amores, cuyos delirios vagos é indecisos todavía, forman una especie de cielo cástico donde las estrellas son largas estelas blancas sin dibujo y sin contornos; *El Picapedrero de San Point*, recuerdo de los lugares de la infancia; todas estas obras influyeron en la formacion del espíritu del jóven. En 1855 publicó su *Ernesto*, en el cual se nota la influencia del *Rafael*. En la *Hermana de la Caridad*, otra de sus novelas, sucede lo propio. En colaboracion con Canalejas escribió otra, *Alfonso el Sabio*, la mas mala de todas, en nuestro sentir. Habia en ella poesía, pero la poesía de un muchacho de veinte años; una poesía ciega, fétua y que iba sin objeto de un lado para otro, especie de mariposa con colores chillones y pintarrajeados. No sé quién ha dicho que si Castelar se hubiera empeñado en ser novelista, le hubiera sucedido lo que á Cervantes obstinándose en hacer versos; pero esto no es verdad sino en parte. A más dicen que el brillante orador futuro escribió algunos versos cuando vivia en provincia; pero como quiera que no los hemos visto, no lo afirmamos. Por otra parte, una vez que en las Constituyentes le llamaron Víctor Hugo y Lamartine aseguró no haber escrito un verso en su vida.

V.

Su amor al estudio era grande. Cuantos libros caian en sus manos los cojia y los devoraba. Su pasion por la historia sobre todo, era grandísima. Atenas, Esparta, Roma, Menfis, Tiro, Elefantina;

las civilizaciones sacerdotales, heroicas, guerreras, comerciales, resucitadas en su imaginacion, como enormes gigantes muertos galvanizados y puestos de pié sobre sus pedestales ciclopeos por una mano omnipotente; Mario, Sila y los Gracos, aquellos hijos de la libertad, aquellos emperadores semi-bárbaros, semi-dioses, semi-artistas, que pasaban rugiendo como fieras delante de su pensamiento absorto y atónito; aquellas democracias de la edad media tan turbulentas y tan tempestuosas; Rienzi, el último tribuno; los condottieri triunfantes; el Tiber lleno de cadáveres; los papas degenerados de dioses en mónstruos; el espíritu municipal, encarnacion del espíritu de libertad triunfante en España; las milicias concejiles, representacion del pueblo y de la libertad, ayudando al rey, eterno tipo del principio autoritario, en la conquista de Granada, para sellar todos juntos, pueblo, rey y nobles, con la tierna efusion de un abrazo postrero, el pacto de la unidad nacional; la religion envuelta como en un sudario fúnebre, entre el paño verde de los pendones inquisitoriales; las grandes nacionalidades modernas forjadas á golpes de maza por gigantes como Carlos V; los quejidos de agonía de los privilegiados de la edad media llegando hasta el umbral de la puerta de los oprimidos y despertando en sus almas el consuelo de todas las esperanzas; Voltaire, aquel asesino, cuyo puñal era el epígrama que se reía siempre; Rousseau, quel utopista de una sociedad, y no parezca estraña la paradoja, extranatural, soñándola él en plena naturaleza; los abates que rimaban floridos madrigales á sus queridas, momentos antes de alborear aquel tremendo Dies iræ que se llamó Revolucion francesa: Vergniaud, la democracia medio ideal,

medio real; Marat, la sangre; Robespierre, el cinismo; Danton, la audacia; los muros de Cádiz empavesados y las olas que los azotaban llevando á América la noticia de un pueblo que renacía; la Santa Alianza, el Congreso de Verona, el terror blanco, las juntas de fé, las Cabezas de San Juan. Cristina; todo este pandemonium de hechos, todo este mundo de sucesos, exaltaba su mente, heria su imaginacion; ellos le enseñaban sus causas, le revelaban sus efectos, y en medio de todas las ruinas que le señalaban con el dedo, en medio de todas las catástrofes que le denunciaban, en medio de todos los martirios que le descubrian, de los grandes idilios históricos y de las grandes tragedias épicas que le patentizaban, de entre estas tragedias, idilios, ruinas, incendios, catástrofes, libertades muertas, ideales desvanecidos, genios pulverizados, civilizaciones pisoteadas; él veia surgir siempre una figura poética y fugitiva, blanca como la estrella de la mañana y ondulante como las estelas de los lagos, y aquella figura tranquila medio envuelta en una nube, coronada con una corona de ideales, melancólica y en éxtasis perpetuo como esas mujeres de los pintores alemanes que están en la penumbra del amor, sin haberle sentido todavía, esa figura que era el progreso humano, le decia: «No tiembles, no temas, adelante. La Historia es el calvario de la humanidad, las ruinas son el pedestal de las civilizaciones. Los pueblos mueren cuando la nieve de la decrepitud los hiela; pero yo soy inmortal como el espíritu humano y tengo entre las nubes del éter un alcázar formado con las almas de todas las generaciones que han cruzado la Historia.» Y él trabajaba, estudiaba, combinaba, deducia, indagaba y concluía por hacer de su alma el panteon

inmenso de todos los sucesos humanos.

VI.

Dos grandes sentimientos animaban su espíritu; el sentimiento católico y el sentimiento de la libertad democrática. Eran como dos inmensos pebeteros que lanzaban de continuo olas de perfumes en derredor de todo lo que pensaba y de todo lo que hacía. ¿Y dónde había hallado estos dos sentimientos? El sentimiento católico, parte en su alma propia, en cuyo fondo le había encontrado, como una perla durmiendo en el lecho de su propia concha, y parte en los escritores de que antes hemos hablado; el sentimiento de la libertad, en el estudio de la Historia. Y estos dos sentimientos se compenetraban, se fundían, se completaban; eran como dos notas de un himno, como dos visiones de un éxtasis, como dos momentos de un ideal. El uno corregía al otro. Eran el correctivo y al mismo tiempo la apoteosis el uno del otro. Nadie como Castelar ha descrito la catedral bañada en esa luz tibia é indecisa, que penetra por los cristales de colores y que remeda la mirada de un ángel perdiéndose como la ola del incienso, entre las alegorías de la cúpula. Aquella bóveda en que el cincel de un artista, muchas veces desconocido, ha trazado follajes espesísimos; la nave central resplandeciente, como la puerta de la gloria, y las naves laterales oscuras y tristes como el lamento del pecador que se esconde bajo su sombra, como para evitar la irritada mirada de Dios; las puertas bajas, las verjas de hierro, los calados de todas las paredes, las capillas oscuras que guardan los sepulcros de mármol sobre los

que hay ángeles dormidos, guerreros de pié, santos en oración, sepulcros que guardan, este, á Don Álvaro de Luna, aquel, á un señor de Montmorency, el otro, á los Reyes Católicos; aquel, el de Garcilaso; las ornacinas, donde descansan inmóviles como la muerte, abades de piedra, vírgenes de mármol, frailes de yeso con la capucha calada y un libro delante de los ojos como si estuvieran leyendo eternamente, la triste realidad de los espejismos de la vida en el silencio de su muerte; los arcos que serpentean, que juegan, que cruzan, y que se unen como dos amantes que ayer se abrazaron y hoy vuelven á arrojarse el uno en brazos del otro con ese éxtasis del amor que no se sacia jamás; las vírgenes de las paredes que parece que quieren saltar de sus tablas é ir á decir algo á los cristianos arrodillados: el alma de tantos artistas derramada en las pinturas de las bóvedas, de la cúpula, de las paredes, en los frisos, en las estatuas; el reló del fronton que no deja escapar á la eternidad ni uno solo de sus minutos: los botareles de los lados que parecen como dos oraciones salidas del santuario y que se hubieran suspendido para siempre sobre la catedral; las grandes campanas que gimen á la caída de la tarde cuando el sol dá su último beso á las agujas caladas que se pierden entre las gasas coloreadas de las nubes: todos los siglos que hablan desde el seno de aquellas piedras que son una idea y un corazón; todas las voces que se levantan desde el fondo de la lúgubre cripta del altar mayor, donde duermen aquellas generaciones que vieron levantar la catedral y que escucharon el primer sonido de su órgano, y que parece que le escuchan todavía desde el fondo de sus enterramientos, como un ligero consuelo en la vida de sus tumbas; el

órgano mismo, estremeciendo con sus temblorosos sonidos la catedral entera, especie de Sibila del templo gótico que le hace temblar como la antigua hacia estremecerse con su voz el templo pagano; todo esto que en mí no tiene fuerza, ni sentimiento, ni color, ni inspiracion, al ser hablado, descrito ó pintado por él, cobraba una forma y una vida tan efectiva y tan real que parecia que la catedral de Toledo ó la de Strasburgo ó San Pedro ó cualquier otra basilica estaba delante de nuestros ojos y que los santos dormidos en sus altares iban á despertarse y á bajar de ellos para revelarnos los misterios de la otra vida y las glorias del dios esparcido como una lluvia de luz por todos los ámbitos del templo.

VII.

Su alma piadosamente religiosa, pero religiosa sin fanatismo y sin hipocresía, asociaba la idea del infinito á todas las grandes emociones de la vida y á todas las grandes crisis de la historia. En Chateaubriand habia hallado un cristianismo ilustrado: el amigo de Mad. Recamier habia hecho hablar á las ruinas y las ruinas habian contado lo que tenia de bello al cristianismo de la edad media. Castelar recojió tambien aquellos acentos y los guardó como un precioso depósito. Lamartine habia mirado mas fijamente á Dios: habia dicho que el Evangelio era la revelacion permanente del infinito en el hombre: habia ido al Oriente á contemplar de cerca los lugares donde el sublime Cristo habia vertido su amor, su idea y su sangre, y habia llorado los errores que habian surgido á la sombra de la doctrina de Je-

sus. La idea de libertad flotaba como una hoja de rosa arrastrada entre la espuma de una ola sobre este cristianismo, creyente al parecer unas veces verdaderamente racionalista en el fondo. Castelar que no debia llegar al racionalismo sino mucho mas tarde de todo aquello, no tomaba mas que las flores, los perfumes, las palomas blancas, los éxtasis, los amores, las coronas de rosas, la idea de libertad. Pero en realidad si Lamartine y Chateaubriand influyeron algo en su alma bajo el punto de vista religioso, no influyeron mas que de un modo pasajero y accidental. Otro hombre, y español por cierto, estaba llamado á abrasar aquel espíritu en un incendio de ideas religiosas. Era el marqués de Valdegamas, el elocuente Donoso Cortés que era una especie de sublime profeta de la escuela católica.

Al leer sus obras y sus discursos Castelar encontró aquello que buscaba y que buscaba sin saberlo. En el principio de su vida Donoso Cortés se parecia mas á Bonald que á De Maistre. Bonald discutia; De Maistre no hacia mas que anatematizar. Este último profetizaba con los cabellos blancos, y era mas un hombre de la Biblia que del Evangelio, dice un escritor francés; el otro era una especie de Jehová sin rayos y sin truenos, que tenia una conversacion encantadora, y que sabia ser hombre del Evangelio sin dejar de serlo de la Biblia. Si Donoso Cortés empezó por ser Bonald concluyó por ser de Maistre. Y esto fué lo que perdió al marqués de Valdegamas en el ánimo del jóven escritor. Cada dia fué aquel acentuando mas su significacion: dudó del hombre, de su inteligencia, de su vida: lo absorbió todo en Dios como un braçman: todo lo que no se hacia al lado del altar le pareció condenable: hizo

del sacerdote una especie de druida en cuya ara debía sacrificarse todo, sentimientos, ideas, afecciones y concluyó por descender, verdadero ángel caído de la escuela católica, en el abismo que el mismo se había abierto al pronunciar aquella terrible sentencia tan conocida. «La razón y el error se aman con amor invencible.»

El gran escritor empezó por la apoteosis y acabó por la cloaca: del catolicismo cayó en el ultramontanismo. Dejó de ser un ángel vestido de luz y empezó á ser un demonio vestido de clérigo, demonio elocuente y sabio, pero demonio al fin. Y esta conclusion era lógica. Su alma profundamente católica, no podia ver sin doloroso pesar las ruinas en que iba cayendo el catolicismo. Hoy era un concordato hecho contra la Santa Sede: ayer eran los frailes perseguidos; el dia anterior era la venta de los bienes eclesiásticos. Todo aquello era la ruina total de la Iglesia. Y como el ataque es siempre semejante á la resistencia y la reaccion igual á la revolucion, el gran hombre estremaba sus conclusiones, redoblaba sus esfuerzos y levantaba hasta el cielo, lo que ya no tenia fuerzas para tenerse en pié. El, que quizá hubiera sido un herege á haber nacido en la edad media, fué un ultramontano por haber nacido en el siglo XIX.

Así es que cuando Castelar vió que aquel en quien cifraba sus esperanzas caía en tan espantosos derrumbaderos: cuando vió que en su insensatez religiosa llegaba hasta maldecir lo que hay de mas augusto en el hombre y pisoteaba las estrellas que arden eternamente en su frente; cuando oyó de los labios de aquel pontífice católico, que habia que renegar de la libertad y de la razón para abrazarse al catolicismo, se quedó como pe-

trificado y mudo. Los sueños de su alma se desvanecian. Aquella conciliacion soñada por todos los filósofos del siglo XVII, era un imposible. La razón y el catolicismo, la libertad y el catolicismo eran antitéticos, eran antagónicos. El hubiera querido que hubieran ido siempre juntos la Virgen que entre flores y entre perfumes parece que bendice al pueblo que se prosterna ante ella y el sentimiento de libertad que ha hecho siempre tan grande á nuestra nacion: la razón que lo escrudina todo; desde el fondo de los cielos donde duermen tantas revelaciones ocultas hasta el fondo de los sepulcros de los pueblos donde reposan tantos detalles ignorados aun de las civilizaciones que han desaparecido, y la fé que enciende el corazón, que abraza el alma que impulsa á los grandes hechos. Pero el profeta habia hablado y nada habia que decir. Y lo mas terrible del caso, y lo que el jóven no comprendia aun, era que lo que Donoso pensaba, era la verdad. El catolicismo y la razón eran incompatibles. La libertad y la iglesia eran dos enemigos irreconciliables. Su alma cayó en una noche tenebrosa. Entristecido con las palabras del Marqués de Valdegamas se sumergió en profunda tristeza.

VIII.

Como prueba de que el sentimiento católico llenó su alma, en estos tiempos al menos, ahí va una muestra de ello tomada de las lecciones que pronunció en el Ateneo sobre. «La civilizacion en los cinco siglos primeros del cristianismo.» Estas lecciones empezó á pronunciarlas hacia el año de 1863, es decir, cuatro ó cinco años despues de la

época de su vida que venimos narrando. Juzguen si sería entonces católico, cuando cuatro ó cinco años despues lo era tan entusiastamente. En esta época ya procuraba armonizar la libertad y el catolicismo. Es al mismo tiempo este párrafo una de las mas magníficas pinturas de este último, y una prueba de cuanto habla á los sentidos.

«¿Mirad sinó lo que sucede en nuestro mismo culto. La cruz levantada en el bosque; la tosca escultura que enseña al caminante las cercanías de una aldea; la campana de la oracion, que al caer la tarde derrama una plegaria en los aires; el canto de los sacerdotes, oido desde la puerta de la iglesia; el altar donde se levanta la Virgen, la madre inmaculada de Dios, cubierto en la primavera de rosas, alumbrado por la noche con la mortecina luz de una lámpara; el toque de ánimas, que parece recordar la voz de la eternidad en el silencio de las tinieblas; el Ave Maria Stella, entonado por los marineros en el Mediterráneo, cuando el mar azul refleja el cielo, y el crepúsculo tñe de un color sonrosado los bordes del horizonte, y las sombras van cayendo, y brillan las primeras estrellas en el desierto cielo; todas estas prácticas religiosas, que á los ojos de un protestante son como vanas palabras, como ceremonias sin sentido, como tosco paganismo, son á nuestros ojos como las representaciones mas verdaderas de Dios, su manifestacion mas pura; y en el altar vemos centellear al fuego del cielo, y en las bóvedas de la iglesia escuchamos el eco de la divina palabra, y sobre la cabeza de las vírgenes, se nos aparece la blanca paloma, el espíritu de Dios, cerniéndose puro; y nos sentimos extasiados y entrevemos el cielo, y la verdad

centellea en nuestro espíritu, mientras un amor puro, ideal como soplo divino, se derrama por nuestros arrobados corazones.»

IX.

Pero contra lo absoluto de este sentimiento luchaba otro en su alma: el amor á la libertad. Sentia entrañable cariño hacia el primero, pero no podia dejar de amar con entusiasmo al segundo. En la historia habia aprendido que los pueblos sin libertad se asfixian, y mueren como esas flores á quienes no besa nunca, ni el rayo tibio del sol, ni el soplo blando de la brisa de la tarde. El era artista, y un artista ante todo, ama la libertad porque sin la libertad el genio se ahoga, la inspiracion se apaga y la sagrada musa que canta al oido del poeta esas sublimes estrofas con las que podrian llenar, aun cuando no fuese mas que por una sola hora, el corazon de la humanidad, enmudece. El arte sin la libertad es como la idea sin la espresion, como la frente sin la corona, como Rafael sin la Fornarina. A mas, él era revolucionario sin saberlo. Sabia que especialmente desde la Reforma acá, los dolores de la humanidad no habian tenido término: sabia que abierta la brecha á las ideas nuevas, el torrente se habia precipitado sobre la vieja Europa y no habia medio de detenerle. Y sobre todo sabia que no habia porque detenerle, porque entre sus ondas espumosas traia yo no sé que bálsamo misterioso para ungir con él las heridas de los pueblos. En la Revolucion francesa habia visto, como Víctor Hugo, una segunda consagracion de la humanidad. Aquellos crímenes y aquellas virtudes: